

XVII.

No se me olvida nunca.

Una noche, hace ya muchos años, paseándose Mariano Catalina con un amigo suyo por el vestíbulo del teatro Español, se le acercó la florista á ofrecerle un ramito de pensamientos, diciéndole:

—Tome usted estos *pensamientos*, don Mariano.

—No los quiero, déjame en paz—la contestó secamente el futuro académico.

—Vamos—insistió ella, haciendo ademán de ponérselos en el ojal de la levita—tómelos usted, que buena falta le hacen.....

Pocos meses después daba el público la razón á la florista, silbando estrepitosamente por insustancial y por vacío el drama titulado *Tomás Aniello*.

Para consolarse de aquel fracaso y del de *Alicia* y de otro que sufrió en otra tentativa dramática, se dedicó Mariano Catalina á poeta lírico, y... ¡si vieran ustedes qué razón tenía la vendedora de flores!

No hace falta decir que el libro de los ver-

sos de Mariano Catalina está impreso con lujo. Siendo malos los versos ya se sabe: con lujo y con prólogo de Cañete.

El cual don Manuel llama al tal don Mariano «espíritu enriquecido con el estudio y la experiencia», y después de decirle que cultiva las berzas... digo, no, las letras humanas por vocación y no por oficio, y que toma el arte por lo serio, y que se conserva fiel á las tradiciones del buen gusto, y que por todas estas cosas se ha atraído la estimación de los buenos, añade que «á esto ha debido Catalina el honor de ser llamado á intervenir en las fructuosas tareas de la Real Academia Española.»

Eso no. Perdone usted, señor don Manuel, pero eso no es cierto.

El honor, si honor fuera, de ser llamado á intervenir en las *fructuosas* tareas de la Real Academia Española, no se lo ha debido Catalina á la estimación de los buenos, que ni le estimamos apenas ni nos metemos en esas cosas; se lo ha debido á D. Manuel Tamayo, que no es bueno del todo, á lo menos á mí no me lo parece (1).

Verá usted cómo fué, ó cómo lo cuentan los que presumen de bien enterados.

Parece que el difunto ministro moderado

(1) Dejó de parecérme cuando enajenó la primogenitura tradicionalista por el suculento potaje conservador que le ofreció Pidal en la jefatura del cuerpo de Archiveros-Bibliotecarios.

don Manuel Orovio (q. e. p. d.) tenía por lo menos una cualidad buena: la gratitud. Estaba muy agradecido á don Severo Catalina, porque le había hecho allá en tiempos de doña Isabel un excelente plan de enseñanza que publicó siendo ministro de Fomento.

Después de la venida de don Alfonso, se encontró el señor Orovio de ministro de Hacienda; y como don Severo Catalina ya se había muerto, y este Mariano era algo sobrino, y á don Manuel Orovio le duraba la gratitud, concentró su afecto en el pariente de su bienhechor y le dió un alto empleo en el ministerio, depositando además en él tanta confianza, que en aquel tiempo venía á ser Mariano en la casa grande de la calle de Alcalá lo que José en la corte de Faraón, el que lo disponía todo.

Y como don Manuel Tamayo tenía entonces en el ministerio de Hacienda el expediente de su clasificación como pasivo, para que se le despacharan pronto y bien, se le ocurrió hacerse amigo de Mariano Catalina y le dijo que si quería entrar en la Academia, y Mariano á lo primero se asustó, pero luego contestó que sí, naturalmente, y en fin, que se arregló la cosa.

De modo que así como otros muchachos hacen carrera á título de hijos ó en clase de yernos y hasta de novios—porque últimamente han adelantado ya más las cosas, y los pro-

hombres liberales que disponen del presupuesto del país hacen diputados y funcionarios públicos á los novios de sus hijas antes de que se casen—este Mariano entró en la Academia en clase de sobrino.

Sí, en clase de sobrino. Diga lo que quiera don Manuel Cañete, y sea lo que quiera de lo del expediente de derechos pasivos, que así lo cuentan ¿eh? pero yo no lo vi, ni gana; sea lo que quiera de todo esto, es indudable que, aparte de sus buenas cualidades de escribir poco y mal, á su condición de pariente de don Severo Catalina y no á la estimación de los buenos, ha debido Mariano «el honor, como dice el prologuista, de ser llamado á intervenir en las *fructuosas* tareas de la Academia.»

Por cierto que eso de que las tareas de la Academia sean fructuosas, necesita alguna explicación, y me recuerda un cuento.

A los gritos de *¡no más calvos! ¡remedio infalible!* vendía un charlatán en una feria de León «las verdaderas y legítimas pastillas para hacer salir el pelo.»

—Esto es prodigioso: dos reales nada más; —gritaba desde encima de una mesa—no se ha inventado nada más eficaz para que salga el pelo: apenas se pasa la pastilla por la cabeza dos ó tres veces ya sale....

—No le hagan ustedes caso, que no sale—dijo cuando algunos se disponían á comprar,

un calvo incipiente que había estado escuchando la arenga.

—¿Cómo que no sale?—replicó el sacamuelas haciéndose el ofendido.

—Como que no sale—insistió el espectador—como que le compré á usted una pastilla el año pasado, la estuve usando cuatro meses—y... nada.

—Porque no la sabría usted usar. ¿A ver? acérquese usted—dijo el charlatán con tal resolución que su contradictor obedeció en seguida.—Vamos, úntese usted bien la cabeza—añadió, poniéndole una pastilla en la mano.—Ahora arréglese usted el pelo—dijo, dándole un peine—y verá usted.

El paciente se untó y se pasó después dos ó tres veces el peine por la cabeza.

—Vaya—le dijo el charlatán al oído mostrándole el peine todo embozado:—¿Ve usted cómo *sale?*... Sale en el peine.

Así, de un modo parecido son *fructuosas* las tareas de la Academia: fructuosas para los académicos.

Pero volviendo al libro de Mariano Catalina, dejando el prólogo y entrando por los versos, hallaremos que los mejores son así:

«Nobles, plebeyos, príncipes,
 Todo el rencor lo irrita,
 Y con terrible vértigo
 La multitud se agita
 Para humillar del lábaro
 El cetro secular...»

¡Adiós, Manzoni!...

No he podido contener esta exclamación, porque, salvo el estar mal acentuados y el no decir nada y el no poderse entender lo del *retro del lábaro*, estos versos de *Catalini* se parecen bastante á los de Manzoni.

Pues en un soneto muy malo dirigido á don Alfonso «en su entrada cuando volvió á Madrid después de la paz,» á vuelta de otros muchos ripios, le dice:

«Dios el trono te dió...»

¡Qué figuras tan atrevidas! ¿eh?

Porque ¡mire usted que llamar Dios al general Martínez Campos!..

Ni él mismo creerá que lo es; de seguro.

Más adelante nos encontramos á lo cimero de una página con este rótulo:

MIS PENSAMIENTOS.

¡Aquí de la florista!

Y dice Mariano, tan campante:

«Suelen ser mis pensamientos.

Cuando me ocurre pensar...»

(¡Pues es claro! Tú no piensas,

¡Ya lo sabíamos, ya!

Si no muy de tarde en tarde,

Y así... por casualidad.)

Sigue:

«Suelen ser mis pensamientos,

Cuando me ocurre pensar,

Pájaros que huyen del nido

Para no volver jamás...»

(Por eso no te ha quedado
Ni uno para niciar;
Pues los pocos que tenías
Han ido volando ya.
¡Bobo! ¿Por qué no aceptabas
Los que te quería dar
La florista? ¿Vas creyendo
Que no te venían mal?)

Más adelante se lee:

«A VICTORIA

remitiéndole unos versos para su hija Teresa.»

Por el *remitiéndole* creerán los lectores que se trata de un padre que se llama de apellido Victoria, pero no es así. Se trata de una madre, á la que dice Mariano en el oficio de misión:

«Victoria, pobre memoria
A dar con mis versos vengo
De tu hija para la historia;
(*Este verso es una gloria*)
Pero dando lo que tengo,
No puedo hacer más, Victoria...»

Así es. Pero podía usted haber hecho menos, y se lo hubieran agradecido á usted más, de seguro.

Podía usted no haber dado ni eso que tiene usted, que no es más que ripio.

Después comienza el académico á hablar de la niña y dice:

«Feliz hoy con su candor...
Pronto llorará *perdida*...»

¡Hombre! ¡Qué profecías tan halagüeñas para una madre...! ¿Y no le tiró á usted el costurero á la cabeza?...

Verdad es que luego lo enmienda usted un poco, añadiendo:

«Esa edad que es todo amor...»

Pero de todos modos la primera impresión de la palabra perdida es terrible, y nunca debió usted emplearla.

«Pero entonces ¿qué diré?

pregunta usted un poco más adelante.

Y ese es el caso: tiene usted razón. No diciendo algún disparate que otro ¿qué va usted á decir?

Y más después de la voladura de los pensamientos...

«Pero entonces ¿qué diré?
(¿Y á quién lo pregunta usted?)

Lo que vale es que usted mismo se contesta inmediatamente:

«Pero entonces ¿qué diré?
En verdad que no lo sé;

(Ni yo tampoco).

Pero te aseguro, amiga
Que todo lo que yo diga
De cierto lo sentiré.»

Aquí no hay poesía, pero sintaxis... tampoco.

Porque en primer lugar no sabe si es que sentirá usted lo que diga de cierto ó si es que de cierto sentirá lo que diga.

Y luego usted seguramente ha querido decir que siente usted lo que dice, que habla usted con sinceridad; pero como después del *diga*, subjuntivo, empleó usted el *sentiré*, futuro, y como la sintaxis es así tan intransigente, se rebela y dice que nones; que lo que usted dice es que lo que dice tendrá luego sentimiento ó pesar de haberlo dicho.

Hay otra composición que empieza:

«Soy como la mariposa...»

¡Coquetón!

¡Y con qué serenidad lo dice!

Más adelante escribe usted *en un álbum*:

«Que eres joven y hermosa
Cualquiera, si no es ciego, lo *diría*;
Y repetirte yo *tan clara cosa*
Bien pudiera pasar por tontería.»

Sí señor. Y pasa...

Pero lo mejor de todo es aquella felicitación «á Salustiano en sus días» que empieza:

«En no muy buen castellano...»

Si eso ya se sabe: en castellano académico tiene que ser. Adelante:

«En no muy buen castellano,
Y en estilo liso y llano»

Mis pobres versos dirijo
A tí, amigo Salustiano,
Y á *Salustianito, tu hijo.*»

Así:

Y á Salustianito, tu hijo.

Advierto á los lectores, temiéndome que no lo crean, porque tampoco lo querría creer mi querido amigo D. Ramón de Campoamor una vez que le recité esta quintilla; advierto á los lectores que no la he inventado yo, que así está en el libro textualmente, en la primera llana del pliego 10, á la que corresponde la página 145.

Siguen en la felicitación otros muchos *prosaismos* y otras muchas *simplezas*; pero ¿á qué citar más, si después de eso de *Salustianito tu hijo*, todo parecería bueno?

Sin embargo no puedo resistir al gusto de reproducir la segunda quintilla que dice:

«A celebrar vuestro día
Van las *agostadas* flores
De mi *seca* fantasía...»

Aquí del *Manitas* el de *El Gorro Frigio*:

«¡Y que puedes decirlo muy alto,
Porque es verdad!»

«A celebrar vuestro día
Van las *agostadas* flores
De mi *seca* fantasía;
Si tuviera otras mejores
Lo mismo las mandarí.

Es claro. Y valga la franqueza. Ya que la poesía no vale.

Si tuviera Mariano otras flores mejores, por ejemplo, las que le quería regalar la florista del teatro, no hubiera tenido que *mandar* al amigo Salustiano *ni á Salustianito, su hijo*, esas *agostadas* trivialidades.

Filosofías de D. Mariano:

«La amistad... ¡Oh! la amistad
Es una necesidad...»

Bueno... ¿Y qué más?

«Y aquí la carta termina,

(¡Gracias á Dios!)

Que aunque no es larga ni fina,

(No; ya lo vemos).

Te lleva *en su desaliño*
Leve muestra del cariño
De Mariano Catalina.»

¡Caspitina!

XVIII.

Pues también hay en el libro de Mariano Catalina una carta al marqués de Molins, en coplas á lo Jorge Manrique, «metro que, según dice Cañete, *maneja* (Mariano) con gran facilidad y donaire.....»

Y, vamos á ver.

¿Qué consonante creen ustedes que pone Mariano á la Mancha?

Mariano escribía desde la Mancha (porque ya habrán ustedes adivinado que es de la provincia de Cuenca), y necesitaba un consonante para decirlo.

¿Qué consonante creen ustedes que fué á buscar.

Pues *lancha*: el menos á propósito para un país donde no hay mar, ni apenas río.

Pero hay que ver la estrofa entera para apreciar el ingenio del autor en todo su brillo:

«Como el pescador bogando
Parte del querido puerto,
Con su *lancha*,
Así yo voy caminando
Por este árido desierto
De la Mancha.»